

## Regreso a Yvetot

KRK EDICIONES · TRAS 3 LETRAS · 53

COMPAGINACIÓN Y CUBIERTA: OLAYA GARCÍA  
AL CUIDADO DE LA EDICIÓN: BENITO GARCÍA NORIEGA

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

ANNIE ERNAUX

# Regreso a Yvetot

Entrevista con Marguerite Cornier

EDICIÓN DE FRANCISCA ROMERAL ROSEL

KRK EDICIONES • 2020

© Éditions du Mauconduit, 2013.

This edition published by arrangement with Éditions du Mauconduit  
in conjunction with their duly appointed agents L'Autre agence, Paris,  
and The Ella Sher Literary Agency, Barcelona. All rights reserved

© de esta edición, Krk Ediciones

[www.krkediciones.com](http://www.krkediciones.com)

Álvarez Lorenzana, 27. Oviedo

ISBN: 978-84-8367-682-0

D.L.: AS-98-2020

Grafinsa. Oviedo

## Índice

### INTRODUCCIÓN, por Francisca Romeral Rosel

La vergüenza . . . . .	11
Obras de Annie Ernaux . . . . .	20

### REGRESO A YVETOT

Prólogo . . . . .	21
Regreso a Yvetot . . . . .	25
Volver . . . . .	27
La ruinas . . . . .	29
El territorio de experiencia . . . . .	35
Ir al colegio . . . . .	41
Leer . . . . .	47
Escribir . . . . .	53
Cómo escribir . . . . .	57

ÁLBUM FOTOGRÁFICO . . . . .	67
-----------------------------	----

### ANEXO, por Marguerite Cornier

Entrevista con Annie Ernaux . . . . .	87
Coloquio con el público . . . . .	107
Epílogo . . . . .	115

## Regreso a Yvetot

## Volver

Desde la publicación de mi primer libro, *Los armarios vacíos*, pronto hará de ello cuarenta años, he tenido encuentros con lectores en numerosas ciudades, en Francia y en el mundo. Nunca en Yvetot, a pesar de haber sido invitada en varias ocasiones.

Así que no me es difícil imaginar que los habitantes de Yvetot y de la región pudieran ver en ello una muestra de desprecio, de tenaz resentimiento, lo que, quizás, haya podido engendrar en ellos un sentimiento de injusticia. Al fin y al cabo, me he «servido» de Yvetot, de los lugares, de las personas que conocí, le he tomado muchas cosas a Yvetot, donde pasé mi infancia, mi primera juventud, y, en cierto modo, me he negado siempre a corresponderle con algo.

Por supuesto, he seguido volviendo regularmente a Yvetot en calidad de sobrina, de prima, como miembro de una familia que siempre ha vivido aquí. He vuelto como hija, guardiana de las tumbas

de sus padres así como de la de una hermana que murió a la edad de siete años. Volví incluso una vez, hace quince años, como alumna de la clase de séptimo<sup>1</sup> en lo que se llamaba entonces el «internado» San Miguel, reencontrándome con antiguas condiscípulas con las que había quedado para comer en el Hotel del Ferrocarril. Nunca hasta hoy había vuelto como mujer que escribe, que publica libros. Podría decir que, bajo cierto punto de vista, íntimo y profundo, Yvetot es la única ciudad en el mundo a la que no podía venir. ¿Por qué? Simplemente porque es, como no lo es para mí ninguna otra ciudad, el lugar de mi memoria más esencial, la de mis años de infancia y de formación, y que esa memoria está ligada a lo que escribo de manera consustancial. Puedo incluso decir: indeleble. Aceptando en esta ocasión la invitación de la municipalidad, he aceptado al mismo tiempo explicarme ante el público al que más le corresponde, al de los habitantes de Yvetot, y querido evocar ese vínculo que une mi memoria de la ciudad y mi escritura.

---

<sup>1</sup> El curso de «septième» corresponde actualmente en el sistema de enseñanza francés al curso 5.º de «Collège», y en el sistema de enseñanza español a 1.º de la ESO. La edad de los alumnos es de 12-13 años.

## La ruinas

Durante los breves desplazamientos que hago desde hace treinta años a Yvetot, constato cambios, destrucciones. Algunas desapariciones, ya antiguas, me han afligido, como la del Mercado de Cereales, donde se encontraban la célebre sala de los Postes y el viejo cine Leroy. Al volver a casa, nunca me acuerdo de la ciudad que acabo de ver, de la ciudad tal y como es ahora, con sus nuevas tiendas, sus nuevas construcciones. La ciudad real se borra, nunca se imprime en mí, la olvido casi al instante. Lo mismo sucede con la casa en la que viví, radicalmente transformada, que olvido inmediatamente tras verla de refilón cuando paso al volante de mi coche. La memoria es aquí más fuerte que la realidad. Lo que existe para mí es la ciudad de mi memoria, ese territorio particular en el que he hecho mi aprendizaje del mundo y de la vida. Un territorio que he llenado también con mis deseos, mis sueños y mis humillaciones. Dicho de

otra manera, un territorio muy diferente de la ciudad real de ahora.

Ese territorio de experiencia que Yvetot ha constituido para mí, lo comparto de forma natural con muchos habitantes suyos, pero de modo diferente, primero según la edad, luego según el barrio de la ciudad en el que viven, según la escuela en la que estudiaron, finalmente y sobre todo, según el medio social de los padres.

Es evidente que, habiendo nacido durante la Segunda Guerra Mundial, llegado a Yvetot en el otoño de 1945, y habiendo pasado aquí gran parte de lo que llaman los Treinta Gloriosos, es decir, esos años de elevación del nivel de vida, de esperanzas en una vida anunciada como mejor, mi memoria de la ciudad está fuertemente marcada por la Historia.

Primero la Historia, la Historia con su «gran Hacha»,<sup>2</sup> como decía Georges Perec, pero aquí habían desaparecido el ruido y el furor de los bombardeos que habíamos conocido en Lillebonne en 1944, como se conocieron en toda Normandía. No,

---

<sup>2</sup> Juego de palabras homónimas en francés: entre «Hache», letra *hache*, y «Hache», *hacha*. Aquí lo traducimos por *hacha*, como sugiere la autora. La Historia va cortando todo a su paso con su gran hacha.

cuando llegué a Yvetot, había una extraña calma, la desolación muda de un paisaje de ruinas extendiéndose sobre centenares de hectáreas en el centro de Yvetot. Resultaba que la ciudad de Yvetot había sido destruida dos veces, primero quemada en 1940 en circunstancias bastante confusas —la memoria colectiva popular atribuía la responsabilidad a los ediles y al arcipreste, cito: «Todos ellos fueron los primeros en esfumarse al llegar los alemanes»—, luego bombardeada en 1944 por los aliados. En lugar de todas las edificaciones del centro de la ciudad, edificaciones que llamo «modernas» por haberlas visto levantarse, a pesar de que hoy en día sólo cuentan sesenta años, hay que imaginarse un campo de escombros heteróclitos, con trozos de pared, enormes cráteres en el suelo, un trazado de calles flanqueadas por ruinas, casas sorprendentemente intactas, un hotel —era el Hotel de las Victorias—, una tienda aquí y allá, sin rastro de iglesia.

Lo que percibí el primer día de mi llegada a Yvetot con mis padres fue la imagen de un caos. Iba sentada en las rodillas de mi padre en la parte delantera de un camión de mudanzas. El caos se veía aumentado por el desorden de una muchedumbre

esparcida por todas partes que impedía el avance del camión, pues era la fiesta de San Lucas y seguramente la primera feria después del final de la guerra. No sé si la conjunción de la fiesta y de los escombros se encuentra en el origen del sentimiento de terror y de fascinación que provocará siempre en mí cualquier feria, como se decía entonces, tanto en Yvetot como más tarde en Ruan, cuando sus atracciones ocupaban todo el bulevar del Yser. Pero de lo que estoy segura es de esa primera imagen que me dejó una impresión imborrable.

Después, dondequiera que fuera, cada paisaje de ruinas me ha retrotraído inconscientemente a las de mis primeros años, incluso las ruinas antiguas, en Roma, en Baalbek. Cada pared que he visto y que llevaba las marcas de obuses de una guerra, como en Beirut en el 2000, me ha causado conmoción.

Por pura casualidad, a mediados de los años 1970, me fui a vivir a una ciudad que apenas acababa de brotar del suelo, Cergy,<sup>3</sup> y que se designaba

---

<sup>3</sup> Cergy, lugar de residencia de Annie Ernaux desde mediados de los años 1970, es una ciudad y comuna francesa de unos 65000 habitantes situada 28 km al noroeste de París. Era un pequeño pueblo rural pero desde mediados de los años 1960 fue creciendo y transformándose

con el término de «ciudad nueva». Por todas partes había grúas, excavadoras, carreteras y bloques de viviendas en construcción: aquello era equivalente, multiplicado por diez, a las obras de reconstrucción del centro de Yvetot, es decir, a la mayor parte de mi infancia y de mi adolescencia. En esa ciudad prevista para cien mil habitantes, se reflejaban las imágenes de mi pequeña ciudad de posguerra, de aquel momento en general bastante prodigioso que constituyeron los años de reconstrucción en Normandía, años que iban a la par con esperanzas comunes a toda la sociedad, con la confianza en el progreso. La memoria de los lugares que uno guarda en sí, se parece a un palimpsesto, a un manuscrito raspado en el que hay varias capas de escritura y en el que, a veces, las más antiguas son legibles, reaparecen. En 1975, bajo la ciudad de Cergy que estaba edificándose, yo leía, «veía» el centro de Yvetot en obras de los años 1950.

---

poco a poco en una «ville nouvelle» (ciudad nueva). El desarrollo de este tipo de ciudad respondía a una voluntad política de planificación del territorio con el fin de absorber parte de las aglomeraciones de las grandes metrópolis.